

La Pluma del Pingüino

Luisa Ventura

Algo más que musas

Estaba yo sentada en un témpano cerca de las Islas Malvinas, con la cabeza vacía, chupándome el dedo, cuando conocí a mi musa. Apareció entre el oleaje. No pude menos que asombrarme. Quién diría que mi musa sería una pingüina patizamba, pero claro, es que los griegos ya usaron las musas más lindas. Apenas la vi, ella cortó suavemente una pluma de su colita y me la entregó con gesto coqueto. Con esa pluma escribo este artículo que me inspiró, en el que hablaré de mujeres especiales, inteligentes y talentosas. Una recatada, otra “mujer fatal”, otra poderosa, las tres fueron autoras de sus propias creaciones y musas de varones recios que, ante sus femeninas presencias, se enamoraron como locos y crearon grandes obras para que ellas les dieran su amor.

Clara Wieck (1819-1896) era compositora y pianista afamada. Era también, la esposa de Robert Schumann, con quien se casó por amor, a los veintiún años. Pero Clara no era una mujer cualquiera, era una de esas musas irresistibles, por eso Brahms, catorce años menor, también se enamoró de ella. Clara, pendiente de su esposo, no se dio por enterada, pero Brahms pasó toda su vida soltero y protegiéndola. Robert murió en 1856 y Clara vivió cuarenta años más con ese dolor, pero siguió siendo musa inspiradora. Esta viuda solitaria y seria, inspiró a Johannes Brahms, su música más bella. Las obras de Schumann y Brahms, no serían las mismas si la dulce Clara con su mirada triste, no hubiera existido.

Menos recatada, fue Alma Mahler (1879-1964). Era compositora y pintora. Fue conocida por su belleza e inteligencia tan asombrosas como su capacidad para enamorar a cuanto señor talentoso se le cruzaba.

El primero de los enamorados de Alma fue Gustav Klimt, pintor

simbolista que sería, tal como ella misma cuenta, quien le diera su primer beso. Seguiría la lista con Max Burckhard, director teatral, y el compositor Alexander von Zemlinsky, quien le dio sus primeras clases de música.

El compositor Gustav Mahler se enamoró locamente de Alma. Era veinte años mayor y puso como condición para casarse con ella, que dejara de componer y pintar, excepto que fuera para ayudarlo a él. Estando casada con Mahler, Alma comenzó una relación con un joven arquitecto llamado Walter Gropius. Enterado Mahler, le suplicó que no lo abandonara y se sometió a la, por entonces, novísima técnica del psicoanálisis, nada menos que con Sigmund Freud. Eso le pasó por no dejarla componer y pintar. Murió un año después y es dable pensar que ocurrió por esa pena de amor.

Después de enviudar, Alma fue asistente del biólogo Paul Kammerer en un curioso experimento sobre la transmisión de características adquiridas, a los descendientes. Se dice que una vez, presa de la pasión, Paul le aseguró a la bella Alma, que si no se casaba con él, se suicidaría de un balazo frente a la tumba de Mahler.

Luego, Alma tuvo un romance con el pintor expresionista Oskar Kokoschka. Cuando rompieron pintó la famosa obra *La novia del viento*. Se cuenta que quedó tan deprimido, que se hizo construir una muñeca en tamaño natural con el cuerpo y el rostro de Alma. Fue visto varias veces en el teatro con la muñeca de compañera.

Después, Alma se casó con aquel arquitecto del romance, Walter Gropius, constructor de la Torre Panam de Nueva York, además de muchos otros edificios geniales. El matrimonio no funcionó porque Alma le fue infiel con Franz Werfel, novelista, poeta y dramaturgo, autor de *La Canción de Bernadette*, de quien resultó embarazada. Se divorció de Gropius y se casó con Werfel con el que permaneció casada hasta que él murió en 1945.

En la pintura, encontramos a la musa más importante del Siglo XX, Gala Éluard Dalí (1894-1982). Era muy inteligente, con mucho carácter y de gran sensibilidad para el arte. Se casó con el poeta francés dadaísta Paul Éluard. Él fue quien la inició en el Movimiento Surrealista y le presentó a André Breton,

Philippe Soupault y Louis Aragon. Entre 1922 y 1924 mantuvo una relación con Max Ernst, y fue amiga cercana de los poetas René Char y René Crevel. Todos ellos tuvieron a Gala como musa, aunque algunos un poco más que otros.

En 1929 Paul Éluard y Gala conocieron a un joven pintor, Salvador Dalí. Él era once años más joven que Gala. Se enamoró de ella y fue felizmente correspondido. Gala ya no se apartó de Dalí, quien comenzó a firmar sus obras como Gala-Dalí. Él dijo: “Ciñéndome a Gala he encontrado una columna vertebral y, haciendo el amor con ella, he rellenado mi piel”.

¡Ah las musas! Hay mucho más para decir de estas mujeres estupendas, pero aquí terminaré este artículo. No sé si es por su caminar o por ese pico curvo, pero se me acabaron las ideas. Tal como era de imaginarse, una “musa-pingüino” no resulta muy efectiva que digamos.